

Por considerar de actualidad internacional y de debate, transcribimos el siguiente artículo traducido al español publicado en *Project Syndicate*. Al final hacemos unos comentarios.

NOTA: el resaltado en color amarillo es nuestro así como los comentarios al final.

La transición energética que no se pudo lograr



17 de diciembre de 2024

[Richard Haass](#) y [Carolyn Kissane](#)

Los marcos intelectuales dominantes persisten hasta que sus limitaciones para describir la realidad se vuelven innegables, allanando el camino para un nuevo paradigma. La idea de que el mundo puede y quiere reemplazar los combustibles fósiles por energías renovables ha llegado a ese punto.

NUEVA YORK – Las ideas y las palabras que utilizamos para expresarlas importan. Por ejemplo, cuando la Guerra Fría estaba llegando a su fin, “[el fin de la historia](#)” sugería que la desintegración del comunismo soviético dejaría a la democracia liberal y a las economías de mercado incuestionables. Esa idea se apoderó de los responsables políticos occidentales, que creyeron que podían darse el lujo de relajarse. Tres décadas después, “el fin de la historia” y las políticas que le siguieron parecen lamentablemente **equivocadas**.

Hoy, la “transición energética” ha ganado terreno entre los responsables de las políticas. Si bien el término sugiere la necesidad de pasar de los combustibles fósiles a las energías renovables –una idea aparentemente convincente que se alinea con los objetivos climáticos y la innovación tecnológica–, describe de manera imprecisa lo que está sucediendo (y lo que sucederá) y ha llevado a algunos gobiernos a adoptar políticas **costosas y contraproducentes**. Además, ha enfrentado objetivos que deberían ser complementarios –abordar el cambio climático y promover la seguridad energética–.

Para ser claros, las transiciones energéticas –el paso de una forma de energía a otra– han ocurrido a lo largo de la historia, coincidiendo con cambios económicos que crearon demanda de la nueva fuente de energía. Después de que comenzó la Revolución Industrial, la máquina de vapor, el motor

de combustión interna y el auge de las economías manufactureras impulsaron a las sociedades a pasar de la madera al carbón y, más tarde, al petróleo y el gas.

El apoyo a la transición hacia el abandono de los combustibles fósiles refleja las preocupaciones sobre los costos reales y previstos del cambio climático y la evidencia que vincula el calentamiento de la atmósfera y los océanos de la Tierra con la liberación de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero (especialmente metano) emitidos por la quema de **carbón, petróleo y gas natural**. El objetivo de la transición es lograr emisiones netas cero (idealmente para 2050) mediante la eliminación gradual de los combustibles fósiles y su reemplazo por energías renovables, incluidas la **solar, la eólica y la nuclear**.

Esto no está ocurriendo, ni tampoco la “desfossilización”. Los combustibles fósiles (petróleo, gas y carbón) todavía suministran **más del 80%** de la energía mundial. Desde 2013, el consumo mundial de petróleo y gas ha aumentado **un 14%**, debido a un incremento del **25%** en las economías en desarrollo. El consumo de carbón sigue siendo indispensable para abastecer a China, la India y otros países en desarrollo, y alcanzó **máximos históricos** en 2023. Las energías renovables, si bien crecen rápidamente, no están desplazando a los hidrocarburos, al menos por ahora.

La razón es sencilla: la demanda de energía aumenta a un ritmo anual del 2-3% y los avances tecnológicos, como la fracturación hidráulica, han abaratado y hecho más abundantes los hidrocarburos. Estados Unidos, que ya es el mayor productor de petróleo del mundo, producirá aún más durante la próxima presidencia de Donald Trump, y el crecimiento de la población y las economías del Sur Global mantendrán una demanda robusta.

Las tecnologías emergentes, como la inteligencia artificial, el transporte electrificado y los centros de datos a gran escala, también están impulsando la demanda de energía, que las energías renovables por sí solas no pueden satisfacer de manera confiable, lo que refuerza el papel de los combustibles fósiles. Asimismo, estos combustibles siguen siendo indispensables para las industrias que consumen mucha energía, como la **aviación, el transporte marítimo y la industria pesada**. Las energías renovables, si bien son eficaces para la generación de electricidad, tienen dificultades para satisfacer las necesidades de estos sectores.

Las consideraciones regulatorias y políticas también han contribuido a frustrar la transición energética al demorar el proceso de obtención de permisos tanto para la energía nuclear como para la eólica. Y muchos países no han reformado sus sistemas tributarios para alejar a los consumidores y las empresas de los combustibles fósiles.

Como es poco probable que los factores que socavan la transición energética desaparezcan pronto, una opción es ignorar la evidencia y seguir adelante. Esta parece ser la estrategia preferida de muchos de los que se reúnen en las conferencias anuales de las Naciones Unidas sobre el cambio climático. En Dubai, a fines de 2023, los asistentes emitieron un acuerdo final (firmado por cerca de 200 gobiernos) que pide explícitamente “abandonar los combustibles fósiles en los sistemas energéticos, de **manera justa, ordenada y equitativa**, acelerando la acción en esta década crítica”.

Europa se ha comprometido a hacer precisamente eso, estableciendo objetivos ambiciosos para la energía renovable y fijando precios del carbono a niveles que encarecieron la energía y la actividad empresarial. El Pacto Verde Europeo, que pretendía disociar el crecimiento económico del uso de los recursos y convertir a Europa en el primer continente neutral en carbono del mundo para 2050, contribuyó en cambio a una caída del crecimiento. La falta de inversión en energía también dejó a gran parte del continente peligrosamente **dependiente del gas ruso**. En resumen, la adopción **prematura** de la transición energética debilitó tanto el desempeño económico como la seguridad energética.

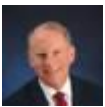
Como bien lo sostuvo Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, los marcos intelectuales dominantes persisten hasta que sus limitaciones se vuelven innegables, allanando el camino para un nuevo paradigma. La “transición energética” ha llegado a ese punto. Su ausencia en el borrador final de la conferencia mundial sobre el clima de este año en Bakú es reveladora. Se necesita un **nuevo paradigma**: la coexistencia energética.

Un paradigma de este tipo aceptaría que el consumo de energía seguirá aumentando en el futuro previsible, y que tanto los combustibles fósiles como las energías renovables desempeñarán un papel más importante. No se trata de una cuestión de elegir entre una u otra, sino más bien de ambas opciones (todas las anteriores y más que todas) para lograr una **mayor seguridad, resiliencia y asequibilidad**.

El paradigma de la coexistencia energética requiere inversiones específicas y reformas de políticas. Es fundamental modernizar las redes energéticas para que admitan diversas fuentes de energía y aumenten la eficiencia, así como ampliar las tecnologías de captura y almacenamiento de carbono para mitigar las emisiones. Sería de gran ayuda fomentar el desarrollo de energías renovables mediante el fomento de asociaciones público-privadas y la flexibilización de las restricciones sobre los emplazamientos. También debería ser una prioridad sustituir el carbón, que genera las mayores emisiones, por el gas y las energías renovables, que generan menos emisiones.

Algunos objetarán que la coexistencia energética es un rechazo a políticas muy necesarias para abordar el cambio climático, pero abordar el cambio climático no puede hacerse a costa de la suficiencia o la seguridad energéticas, ni lo hará, dada la situación política.

Es más probable que se logre generar el apoyo necesario para enfrentar el cambio climático si las políticas no se consideran hostiles **a todos** los combustibles fósiles. Una transición desde la transición energética sería un buen primer paso.



Richard Haass

Escribiendo para PS desde **el año 2000**

Richard Haass, presidente emérito del Consejo de Relaciones Exteriores, consejero principal de Centerview Partners y académico distinguido de la Universidad de Nueva York, se desempeñó anteriormente como director de Planificación de Políticas del Departamento de Estado de los EE. UU. (2001-2003) y fue enviado especial del presidente George W. Bush a Irlanda del Norte y coordinador para el futuro de Afganistán. Es autor de *The Bill of Obligations: The Ten Habits of Good Citizens* (Penguin Press, 2023) y del boletín semanal de Substack *Home & Away*.



Carolyn Kissane

Escribiendo para PS desde **2024**

Carolyn Kissane es decana asociada y profesora clínica en el Centro de Asuntos Globales de la Escuela de Estudios Profesionales de la Universidad de Nueva York y directora fundadora del Laboratorio de Energía, Clima y Sostenibilidad de dicha universidad.

<https://www.project-syndicate.org/commentary/energy-transition-from-fossil-fuels-to-renewables-is-unrealizable-idea-by-richard-haass-and-carolyn-kissane-2024-12>

COMENTARIOS:

- La transición energética es un proceso de largo plazo, desde la era de la primera revolución industrial (y la transición de un mayor consumo de petróleo al de carbón, realmente se produjo en la década de 1960); por lo que hace más de una década hemos señalado que debe planificarse el desarrollo energético a largo plazo acorde a la realidad de cada país, tomando en cuenta tanto las megatendencias (cambio climático, transición energética y tecnológica vinculada, geopolítica de la energía y minerales críticos) y la seguridad energética, una visión: **“Un sistema energético, sostenible, confiable, y adaptable a las transiciones energéticas y tecnológicas y cambios geopolíticos, que contribuye al desarrollo económico y a una mayor equidad social, y protege el medio ambiente”** (V. “Planificación del desarrollo energético sostenible peruano: Algunas reflexiones y aportes”, Revista Energía Andina, N°10, diciembre 2024). Por lo que, la transición energética de hidrocarburos a fuentes renovables y de emisiones neta cero planteada para el 2050; observamos que, debido a los notables cambios en la presente era, en la geopolítica hacia la multipolaridad y la contraposición del actual *hegemon*, existen avances y retrocesos en el proceso de transición energética y que éste se irá retrasando. Este objetivo hacia el 2050 está resultando muy optimista.
- Los autores hablan de un nuevo paradigma de “coexistencia energética”; esto no tiene nada de nuevo porque hasta la presente centuria se está consumiendo carbón y; que en el caso de Alemania, vinculado al conflicto militar Ucrania-Rusia, se cortó el suministro del gas ruso (además, el gasoducto submarino Nord Stream2 fue dinamitado sospechosamente), y también por haber cerrado todas sus plantas nucleoelectricas, se ha visto obligada a reabrir las plantas termoeléctricas a carbón. Se suponía que las plantas termoeléctricas a GN serían el respaldo del gran porcentaje de participación las plantas de generación con fuentes renovables; lo que no solo ha causado una notable volatilidad en los precios *spot* de la electricidad y, que en general, considerando el uso del GN en otros sectores, se ha producido una crisis económica y pérdida de competitividad de la industria alemana. Discrepo con algunos críticos sobre el caso de Alemania; su crisis energética no se debe necesariamente a una falla de planificación energética, incluso de política energética, sino, que no se pueden controlar factores exógenos (ser miembro de la OTAN).

Dr. Jaime E. Luyo